

ANDRÉ Y RAPHAËL
GLUKSMANN

MAYO

DEL



Por la subversión permanente

taurus

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A nuestras princesas del Cáucaso

DIEZ AÑOS DESPUÉS

Nos guste o no, todos somos hijos del 68. Y como todos los hijos, tenemos el derecho, incluso el deber, de cuestionar el legado recibido, de elegir lo que queremos hacer con él, de decidir con qué nos quedamos y qué rechazamos. Sin jugar a ser guardianes de museo. Ni cazadores de brujas.

Hace más de diez años, cuando surgió la idea de este libro a dos voces, una gran ofensiva reaccionaria pretendía convertir el «bonito mes de mayo» en la madre de todas las catástrofes. Como si todo lo que no funcionaba en nuestras sociedades occidentales tuviera su origen en él: la crisis de la autoridad, el desmoronamiento de las estructuras colectivas tradicionales, la pérdida de los puntos de referencia identitarios, la afirmación del individualismo, el poco respeto de los alumnos por sus profesores y de los hijos por sus padres, los errores de la democracia representativa... El 68 se había convertido en el coco al que apelaba la nueva derecha europea para desacreditar toda forma de progresismo y asentar su supremacía en un ámbito metapolítico que la izquierda intelectual, áfona y átona, había abandonado hacía mucho tiempo. Para nosotros se trataba de responder a esa ofensiva.

Lo que pretendíamos, tanto el uno como el otro, no era salvar un icono ni enderezar un tótem, sino entender lo que seguía interpelándonos de aquel famoso «espíritu del mayo». Teniendo en cuenta el tiempo transcurrido y los intereses de nuestras respectivas generaciones. Negar el patriarcado, rechazar la mentalidad pueblerina, transgredir polvorientos tabús morales y emanciparnos de dogmas marxistas-leninistas o conservadores son rupturas que nos hicie-

ron infinitamente más libres. Y la cantinela del «Antes era mejor» nos parecía a los dos tan tonta como peligrosa. Estaréis de acuerdo con nosotros en que resulta bastante pasmoso ver que jóvenes franceses añoran en 2018 una época en la que las chicas abortaban en los lavabos del instituto y la policía lanzaba al Sena a los árabes.

Siento la necesidad, tanto hoy como hace diez años, de defender los derechos y las libertades que nos legó el 68, de repetir hasta qué punto es preferible vivir en una sociedad en la que los homosexuales pueden casarse que en un mundo que los condenaba a esconderse, en un país en el que las mujeres ocupan el espacio público que en una nación que las relegaba a las tareas domésticas, en ciudades en las que conviven colores y culturas que en espacios encerrados en sí mismos y en sus fantasías monocromas... Y sin embargo, aún más que hace diez años, siento la necesidad de cuestionar ese legado. Aunque no dejo de hacerme preguntas y este libro debería poder seguir enriqueciéndose, escribiéndose, mi padre ya no está aquí para dialogar conmigo. Por lo tanto, sigo discutiendo en solitario de lo que nos une y de lo que nos diferencia.

Su generación tuvo razón, su labor histórica consistió en destruir los viejos mitos nacionalistas o comunistas que encerraban las conciencias y los pensamientos, en romper las antiguas reglas que obstaculizaban los cuerpos y los deseos. Pero cuando deconstruimos un mito, ¿no debemos después escribir un relato común? Cuando pulverizamos un yugo, ¿no debemos a continuación refundar estructuras colectivas en las que inscribir de nuevo nuestras individualidades emancipadas? No lo hicieron. Y nosotros, los hijos del 68, nacimos en una especie de vacío. Sentimos una carencia, y esa carencia es lo que no dejo de analizar para que no nos engulla. Para que no nos lleve a rechazar nuestras libertades por miedo a la soledad.

No se trata de quejarse ni de repartir culpas. Sería inútil e injusto. Se trata simplemente de entender que no partimos del mismo lugar, que no hablamos desde el mismo lugar. Nuestros padres nacieron en un mundo saturado de senti-

do, de dogmas, de memoria y de historia. Por lo tanto, para poder respirar tenían que trabajar sin descanso en la emancipación de los individuos, en afirmar los derechos del presente. Su papel fue romper cadenas.

Pero nosotros vivimos en un universo sin ideología, casi sin sentido y sin sustancia, sumido en la inmediatez. Privado de horizonte común en el que recolocar nuestras libertades actuales. Y por lo tanto, para que también nosotros respiremos, tenemos que trabajar para volver a inscribir a los individuos en perspectivas colectivas, el instante en el tiempo a largo plazo. Ya no solo romper cadenas, sino volver a enlazarlas.

Nuestros caminos divergen porque, aunque queremos lo mismo (una vida justa y libre en una sociedad en la que se pueda respirar), avanzamos desde dos puntos diferentes, incluso opuestos. Hacia dos destinos distintos. Aunque nos mueva el mismo interés humanista. Hoy lo siento con más fuerza aún que hace diez años. La crisis política, social y filosófica en la que se empantanaron las democracias liberales me ha hecho reflexionar, evolucionar y cambiar. El Mayo del 68 permitió enormes progresos a cada uno de nosotros, en cuanto individuos. Los progresos de mañana serán más colectivos que individuales, y tendrán más que ver con el ciudadano que con el hombre. Están por inventar.

Recibimos el legado de la libertad. Nos corresponde a nosotros hacer de ella algo más que la búsqueda frenética del bienestar personal.

RAPHAËL GLUCKSMANN

INSTRUCCIONES DE USO

Este libro nació el 29 de abril de 2007, en el polideportivo de Bercy. Durante el último mitin electoral de Nicolas Sarkozy surgió el fantasma de un pasado que creíamos enterrado, al estilo de los crímenes olvidados de la serie *Cold Case*(1): cuarenta años después, el caso 68 se ha reabierto con estrépito y se impone como la última escisión de las presidenciales.

Sin embargo, Francia y el mundo han cambiado mucho desde los famosos «sucesos de Mayo». El gaullismo y el comunismo ya no dominan el pensamiento ni la escena política, cayeron el Muro de Berlín y las Torres Gemelas de Manhattan, se acabó la guerra fría y las guerras calientes del poscomunismo tomaron el relevo, un terrorismo nihilista amenaza por todas partes, el sida golpea el planeta, la Europa democrática se ha reunificado en parte, dos genocidios —en Camboya y Ruanda— han venido a engrosar las cuentas de una humanidad incorregible, el euro ha sustituido al franco, la izquierda tomó el poder y después lo perdió, los antiguos revolucionarios se han sosegado, la interrupción voluntaria del embarazo, la píldora abortiva y el pacto civil de solidaridad(2) son logros hoy ya consensuados... El siglo xx ha muerto, un nuevo milenio ha comenzado. ¿Qué actualidad tiene el 68 en 2007?

En la segunda de sus *Consideraciones intempestivas*, Nietzsche opone a la «historia de anticuario» de los archiveros, inútiles coleccionistas de polvo, y a la «historia monumental» de los constructores de palacios, adoradores estériles de tumbas pomposamente vacías, una «historia críti-

ca», tribunal iconoclasta donde el olvido, inquisidor implacable del tiempo presente, juzga, selecciona, piensa, condena o redime un pasado dislocado.

No queremos rescatar de las garras de ese terrible fiscal ni la lengua muerta de los incondicionales de la revolución ni la crónica de una toma del Palacio de Invierno que, por fortuna, nunca tuvo lugar. Tampoco queremos contribuir al mito creado por estos fetichistas de pelo gris que se prosternan ante el símbolo osificado de su ajada juventud como Félicité ante su loro disecado en *Un corazón sencillo*, de Flaubert.

Partiendo de esa exigencia de ruptura que, a nuestro entender, fueron las elecciones de 2007, examinamos lo que sigue teniendo sentido de aquella otra ruptura, la de Mayo del 68. Hablamos resueltamente desde el presente, para él. ¿Qué parte del 68 se estremece, actúa, pervive en 2008?

ACTO I

Cold Case

por

André y Raphaël Glucksmann

DIÁLOGO

Raphaël Glucksmann: *Al principio era el verbo, un verbo violento, polémico. El 29 de abril de 2007 estamos en Bercy cuando Nicolas Sarkozy exhorta a sus seguidores a «liquidar la herencia de Mayo del 68».*

Tengo diez años menos que el suceso del que habla, y su arrebató me deja estupefacto. ¿Por qué atacar al 68 cuando se aspira a la presidencia para el periodo de 2007 a 2012? ¿No hay problemas más candentes que tratar, escisiones más actuales que asumir, errores más recientes que denunciar?

La «ruptura» que defendemos, la que nos ha traído aquí, en medio de un pueblo de derechas que no conocemos ni tú ni yo, es la ruptura con treinta años de desempleo, bloqueos y discriminaciones, de impotencia política y apatía social, de diplomacia inmoral y cinismo ineficaz, de «Francia-cáfrica»⁽³⁾ y antiamericanismo, no es, a priori, la ruptura con el 68.

Así que estoy molesto. Sobre todo por ti. Tú participas, después de tantas negativas, en tu primer mitin electoral y debes escuchar cómo «tu» candidato se ensaña con «tu» Mayo, con ese Mayo que siempre te he visto defender. Para mi asombro, veo que sonríes. ¿Por qué?

André Glucksmann: *Me lo pasé en grande. Entiéndeme, cuarenta años después de los hechos, «mi» candidato se cree la bella Lilly Rush, la heroína de la serie estadounidense *Cold Case*, se apropia de un informe amarilleado por el paso de los años, examina las huellas, denuncia al culpable y reanima una controversia moribunda.*

Cold Case se traduce como «caso archivado». Más bien se trata de un caso congelado que, de manera fortuita, recobra actualidad. Los investigadores reconstruyen en un *flash-back* la escena del crimen, convocan a los supervivientes y resucitan a los muertos, los testigos y las víctimas de un crimen que no se ha dilucidado. La rubia detective rebusca en humildes cajas de cartón beis. Bajo la cruda luz de los fluorescentes, espulga toneladas de archivos arrinconados en los sótanos mugrientos de una delegación del FBI. Basta con unos rastros de ADN, un cabello, una gota de sangre seca, una escama de piel. Providos de escalpelos y microscopios, los expertos forenses hacen hablar a cadáveres y esqueletos: se desenmascara al culpable.

Aparentemente, nuestra Lilly Rush nacional tiene mucha tela que cortar: crisis de la enseñanza, triunfo del cinismo y del relativismo, reinado de la holgazanería, apología de la delincuencia; todos los pecados de la actualidad tendrían su origen en el caso 68.

¿Crees que en 1968 nos preocupaban 1928, Aristide Briand(4) o Raymond Poincaré? Al escuchar a Nicolas Sarkozy encenderse en Bercy, me dije que en mi relativa juventud debí de participar en algo endiabladamente interesante para que él lo recordara con tanto ardor. Los «sucesos de Mayo» —tal como se los denomina a falta de algo mejor— han vencido al tiempo, viven.

En cualquier caso, este regreso improvisado desmiente la opinión de quienes desprecian el «movimiento», aquellos que, como Raymond Aron, lo consideraron un simple psicodrama, una erupción de acné juvenil, una «revolución inencontrable» o, según Georges Marchais, un complot de zóquetes. Prometer, la víspera de un escrutinio decisivo, «en ese momento tan grave, tan solemne, tan único en la vida de un hombre», el «pasar la página de Mayo del 68» sería conceder una importancia desmesurada a una simple celebración estudiantil. Es forzoso constatar que la noria sigue girando.

Entre los VIP, en medio del bosque de estandartes tricolores y de los «¡Sarko presidente!», con mi bien amada a mi

lado, me pongo a soñar. Y pensar que atravesé Mayo del 68 por amor, por ella...

R. G.: *¿Por amor, no por la revolución?*

A. G.: ¿La lucha final? Creí que la había librado de adolescente, como atestigua mi honorable exclusión de las filas comunistas en 1956 por parte del ya muy lamentable Roger Garaudy, a raíz de mi condena de la entrada de los tanques rusos en Budapest.

Mayo del 68. Desde hace unos días, los estudiantes juegan a policías y ladrones por las calles de París, y yo los veo agitarse a lo lejos. Hace algunos años que dejé su patio de recreo. Acaba de publicarse mi primer libro, *Le discours de la guerre*^[1]. Es una mezcla de filosofía, estrategia militar, disuasión nuclear y teoría de juegos. Clausewitz contra Hegel. A los matemáticos del Centre National de la Recherche Scientifique y a los generales de la Escuela Superior de la Guerra les gusta. Me peleo educadamente con Aron sobre las hazañas de su amigo MacNamara en Vietnam. Tomo copas con Barthes, Lacan me acepta en su círculo. Althusser, el papa del marxismo, me propone que explique «mi» Hegel en su seminario. Me auguran una carrera universitaria brillante, no llevo el pelo ni muy largo ni muy corto, me visto en Lassance, en rebajas, y la revolución me aburre.

Pero nunca se puede dar nada por sentado y los flechazos no se producen por decreto. Imagínate: una chica con ojos de color miel que sueña que es una Louise Brooks rebelde, pero más bien parece salida de un cuadro de Gustave Moreau. Una Salomé en Levis y camiseta me toma de la mano. Me dice: «¿Vienes o no?». Insiste: «Si no vienes, se acabó». La sigo.

París está en ebullición. Hallo asombro, «admiración», pasión filosófica por excelencia según Descartes. Ella tiene razón, resulta conmovedora esta capital sublevada, esta ciudad salpicada de palabras y que rehace el mundo en cual-

quier esquina. Nadas en plena literatura. Encuentras chicas sedientas de igualdad, hinchidas de libertad, y tipos brillantes, divertidos, niños de papá y chavales de barrio. Las fábricas abren sus puertas, las trabajadoras cuentan su día a día y juran que «nunca más» soportarán la cadena, los ritmos de trabajo, el cansancio, el aburrimiento, la mugre, los magreos, que ya no aguantarán a los jefecillos, a los jefazos, a los machos, ni una vida limitada a ir de casa al trabajo y del trabajo a casa. En Mayo del 68, París es un poema. En 2007, deslizarse por las nieves de antaño es un placer.

R. G.: *Al escuchar a Sarkozy en Bercy, ¿no te preguntas qué haces metido en ese berenjenal? ¿No crees que este bando, la derecha, no es el tuyo, que os separan demasiados enfrentamientos pasados, demasiadas luchas venideras?*

A. G.: No, ni por un momento. Creo, como Stendhal, que en política hay que ser «ateo», y decido en función de las situaciones dadas y de las opciones propuestas. Huyo como de la peste de la fe, la tradición, la familia, la herencia, y paso del concepto de «bandos».

Desde hace décadas, reacio a la manipulación de las masas inherente a los mítines, me he impuesto la regla de participar sólo en concentraciones que se refieran a temas concretos: disidencia soviética, *boat people*, Afganistán, Bosnia, Argelia, Darfur, Chechenia... El curso del mundo no es un largo río tranquilo, de modo que no he parado ni un momento. En cambio, no me he implicado en ninguna campaña electoral, con la excepción, y en todo caso fue muy vagamente, de la de Dany Cohn-Bendit en las europeas de 1999: es amigo mío. No me uno al comité de apoyo a Nicolas Sarkozy; de hecho, ni siquiera sé si existe.

A finales de enero de 2007, entre Ségo y Sarko, el resultado seguía siendo imprevisible, pero yo rechazaba una Francia petrificada como un museo-hospital, presa de las

infecciones hospitalarias: egoísmos, discriminaciones, furias, depresiones. Publiqué en *Le Monde* un artículo titulado «Pourquoi je choisis Nicolas Sarkozy». En él exponía un deseo concreto: un tándem «Sarkozy-Kouchner», que me valió las sonrisas piadosas de los expertos —«inocente incorregible», «tierno soñador»—. Ni te cuento las líneas continuas que pisé, los límites infranqueables que transgredí, cómo seguí la hierba bajo mis propios pies; «traidor» fue el más amable de los insultos que me dedicaron. Una vez publicado el artículo, dejé que cada cual juzgara, decliné las invitaciones de televisiones y radios, me negué a ir de famoso en Marsella y de hinchas en la Mutualité. A finales de abril, la campaña da un giro. Las elecciones amenazan con convertirse en un referendo, al insinuar la izquierda que el voto a Royal equivalía a un «no». Se llama a cortar el camino, a cualquier precio, al candidato «peligroso», tachado de «autoritario», «racista», incluso «fascistizante». El ambiente es de histeria; la atmósfera, de necedad. Un encuentro casual me decide a involucrarme más.

París, las tres de la tarde, el metro está casi vacío. Frente a mí se sienta una joven con un bebé precioso en su cochecito. El niño me sonríe, yo le respondo. Ahí estamos, inmersos en una conversación sin palabras. Unas cuantas estaciones más tarde, la mujer se levanta, el niño agita la mano: «¡Adiós!». Entonces se acerca un hombre de mediana edad, con aire afable y compuesto:

—¿Es usted Glucksmann?

—Sí.

—Llevo un rato observándole —prosigue sin agresividad—. ¿Cómo puede sonreír a un niño y votar a Sarkozy?

En las inmediaciones de los colegios, los carteles oficiales muestran al candidato de la derecha con el bigote y el mechón de pelo del Führer. «Sarko-facha», «Sarko-Hitler», «Sarko-Mussolini», los grafitis de los muros rezuman estupidez. «Sarko meteco» exhala un perfume más negro. En el colmo de los colmos, el atraco electoral lo organizan algunos amigos míos, al ritmo de un pernicioso «TSS», «Todo

Salvo Sarkozy», que yo traduzco como «Todo salvo la ruptura».

Así que voy a Bercy para oponerme a la estafa, esperando, con mi humilde presencia, «desdemonizar» un poco a un candidato que sólo es satánico en el catecismo de la izquierda sin ideas. Apoyo a quien derribó a Le Pen, a quien rindió homenaje a la Francia plural, a los extranjeros, los republicanos españoles, los judíos, los armenios que lucharon para que Francia viviera. Vengo a decir que es el candidato de la apertura en contra de las discriminaciones sociales y racistas, la apertura del mercado de trabajo contra el desempleo, la apertura de la diplomacia a los derechos del hombre contra la *realpolitik*. Apoyo al candidato que denuncia el calvario de las enfermeras búlgaras, de Ingrid Bétancourt, de Darfur y de Chechenia, al candidato que viajó a Kiev al día siguiente de la revolución naranja, al amigo de la Georgia de las rosas y al enemigo declarado de las redes francafricanas en parte responsables del último genocidio del siglo xx, el de Ruanda.

Recuerdo que redacté mi breve alocución en torno a la palabra *apertura*. Mis amigos me lo reprocharon, aduciendo que es imposible ser más sectario que Sarkozy. La inmediata incorporación al gobierno de Kouchner, y más tarde las de Fadela Amara, Hirsch, Jouyet o Besson, los dejaron atónitos.

Vengo también a compartir su diagnóstico: es el momento de romper con treinta años (no con cinco, como dice la izquierda) de renuncia a la política y a los valores universales de Francia. ¿Ironías del destino? De pie, delante de Dominique de Villepin, encarnación de esta postura cínica, pronuncio mi discursito.

Es el turno de Sarkozy. Y lo disfruta a tope. Él, que entonces apenas tenía 14 años y que no llegó a conocer la alegría de los adoquines por los aires, de la fiesta de la palabra libre, de las huelgas de los trabajadores, de las universidades y fábricas abiertas, esboza el cuadro grotesco de una parte feliz de mi juventud. ¿Trago bilis? No. ¿Aprieto los dientes? No. ¿La tomo con él? No: me río, francamente.